



# LA ISLA DE LANZAROTE



Una bella isleña de Lanzarote, con el atavío típico.

A su paso por las Canarias, rumbo a la Ciudad Eterna, ¡cuántas voces de religión habrá escuchado el viajero, mezcladas al hechizo de sirena de las islas! Voz de catedrales y santuarios; vocecillas de iglesuca montañesa...

Tenerife, Palma, Gran Canaria...; todo un tañido cristiano en la luminosidad de vidrieras de aquella naturaleza.

Sin embargo, antes de dejar atrás el archipiélago, conviene que el viajero enfoque algo más hacia el norte su curiosidad de turista y su capacidad de atención de peregrino. Allí yace Lanzarote, túmulo taciturno de volcanes; tierra inacabada que guarda prisionera, como la huella de un pie de arena todavía húmeda, la majestad del Hacedor; sin trabas de ninguna humanidad, dentro de una arquitectura digna de El.

Porque el clásico y el gótico y el flúido barroco, que en las demás islas la mano del hombre adaptó sabia al culto de vírgenes locales, aparecerían en Lanzarote como casitas de arena infantiles. Lo que el peregrino encuentra de repente en Lanzarote, con una inmediatez de vértigo, es al Todopoderoso de la Biblia, en acción dentro de su templo de soledades sin techumbre.

Lo poco risueño y florido que en la isla presenta caracteres de hermandad canaria, hállase como arrinconado en la costa oriental: Puerto de Arrecife, por ejemplo, bañadas en blanca moruna; de verdura chorreando por las tapias; de andares femeninos arropados, en mantillas españolas; luego, los «jameos del agua», espléndidas grutas marítimas; luego, unas huertas con su atuendo verde de sandías, tomates y hortalizas. Pero, inmediatamente, la entraña volcánica de Lanzarote vase enseñoreando del terreno. El hombre, barrido por los soplos milenarios, se ha aferrado a los hoyos de la arena y a las hendiduras del peñasco; cubre sus cultivos con cenizas de volcán para que la capilaridad de éstas los nutra; los viñedos se agazapan en el fondo de pequeños embudos artificiales a fin de que el viento de las «gerías» no los entregue al mar; los fuegos breves de unas flores estallan en la ceniza de las chumberas; la tierra se va resquebrajando como un cántaro abandonado a la canícula; por las dunas, navega hierático al-

gún camello entre las panoplias de anchos puñales de las pitas. Y el hombre va desapareciendo, y con él, la mujer de velado rostro. A ambos lados de la carretera de Macher y Yaiza, por donde rueda el turista sobrecogido, la armazón rocosa de la tierra estalla y rompe la despellejada costra como el costillar de un animal sacrificado. Y un silencio sin dimensiones vase acumulando, opresor: una bóveda de silencio que asienta sus pilares en el corazón del viajero. La tierra misma se volatiliza: tan sólo lava; un oleaje congelado de lava, cual una coraza de cobre abollada a martillazos; y a diestro y siniestro, un circo de pliegues de terreno se asemeja a los que el telescopio descubre en la Luna. El peregrino llega a la montaña de fuego; bajo sus pies, el suelo palpita imperceptiblemente con un rumor de tambores lejantisimos; bastaría cavar un dedo de tierra, y en el hornillo natural así fabricado podrías cocer, por ejemplo, un huevo. En el reino mismo del fuego, en la garganta de los volcanes, el mar se infiltra. Los barrancos de peñascos se cortan entre sí; cañones angostos cual naves de catedrales derruidas; grietas insondables; conos, cráteres, valles: materiales de construcción del planeta, abandonados. Los picachos desgarran el cielo en los valles, de quietud de losa, donde los vientos se han llevado jirones de tierra y de lava; las más extrañas figuras, verdaderos monstruos goyescos eternizan sus gestos en un horno de colores. Ni una planta, ni un ala, ni una respiración: nada más que el silencio que lo cubre todo con su campana de cristal en la que el turista advierte conmovido que el latido de su corazón alcanza vibraciones inmensas.

En Lanzarote está el planeta, no ya como en las otras islas, acabado, con su ropaje de tierra y de vegetales. No; Lanzarote es el esbozo de arcilla que el escultor estruja antes de que la cosa sea; en él los dedos de Dios están aún amasando un mundo en sus rasgos de elementos.

Un pisotón al acelerador y el coche, en pocos instantes, volverá a la ciudad. De

allí al avión; y pronto el turista se hallará de retorno en nuestra tierra. Pero es difícil que eche en olvido aquellas horas de contemplación sináitica fuera del tiempo (y a un paso de los bares); esa peregrinación a un templo en que no se habla a Dios y a sus santos; pero en el que Dios mismo traduce en un balbuceo granfítico su palabra perfecta.

Cuando haya dejado atrás la risa multicolor de las *islas afortunadas*, con su música de vírgenes y bienaventurados; cuando en Roma se maraville ante los esplendores creados de la Iglesia, no podrá borrar de sus oídos a Lanzarote *la muda*, a ese salmo de lavas, de abismos y de silencio.

JULIO VIANA

FOTOGRAFÍAS DE CESAR MANRIQUE



Arriba, a la izquierda, vista pintoresca del barrio pesquero de Arrecife en la isla de Lanzarote. A la derecha, viejos santuarios que hablan de fe y tradición a los habitantes de la isla. Abajo, escena típica: Descanso del camello, paciente auxiliar en las faenas del transporte.